

MARÍA-MILAGROS RIVERA GARRETAS

Quince años explicando historia de las mujeres en Barcelona

De los vínculos que contraje con el movimiento feminista en ciudades muy distintas a lo largo de la década de los setenta, me quedó incorporada la decisión de explicar historia de las mujeres en cualquier espacio docente del que pudiera llegar a disponer a lo largo de mi vida profesional en la enseñanza: una profesión que es la de mi madre, de la que fui alumna de griego, una profesión que me sigue gustando ejercer a pesar de la masificación y del empobrecimiento que sufre la Universidad en la que trabajo -la de Barcelona- y del apego al inmovilismo que avanza implacable entre compañeros que fueron progresistas.

La decisión de explicar historia de las mujeres la puse en práctica cuando empecé a dar clases en 1981 y he persistido en ella hasta la actualidad, sin grandes dificultades que pueda recordar, porque lo excéntrico tarda en ser percibido por las instituciones en decadencia. He explicado historia de las mujeres en la universidad y también, aunque menos, en el movimiento de mujeres.

En la universidad, he tomado para hacerlo los espacios docentes que me han sido ofrecidos en función de las reglas de juego que sustentan el poder académico, y he contribuido a crear otros. Estos espacios han sido y son asignaturas de primero, segundo y tercer

ciclo; asignaturas muchas obligatorias, algunas optativas, casi todas en aulas demasiado llenas de gente, con alumnado joven en los turnos de mañana, con alumnado de entre veinticinco y setenta años en los turnos de noche; en todas las aulas el número de alumnas es similar al de alumnos, excepto en una: la del programa de máster en Estudios de las Mujeres que otras y yo fundamos en 1987 en lo que hoy es el Centro de Investigación Duoda; todas las asignaturas son de historia general (Historia medieval de España, Europa en la transición de la antigüedad al feudalismo, Tendencias historiográficas actuales), excepto una: Teoría feminista, que explico en el programa de máster al que me he referido.

En el movimiento de mujeres, se me han ido abriendo espacios para hablar de historia al compás de mi capacidad de publicar resultados de investigación que entrasen en diálogo con la búsqueda de saber viva entre las feministas de hoy en el contexto social en que se lee la lengua castellana.

El reto para mí, a lo largo de estos quince años, ha sido el de encontrar una idea-guía o, mejor, una práctica-guía que orientara mi hacer en el aula y me ayudase a valorar el éxito o el fracaso de ese hacer, curso por curso, grupo por grupo. Fue al principio un reto difícil por falta de modelos: mi historia de alumna está llena de maestras, algunas grandes, en la infancia y en la adolescencia, y vacía casi por completo de profesoras en las varias universidades que he frecuentado.

Esa práctica-guía ha resultado ser la de encontrar la mediación válida en cada espacio y tiempo de relación docente; o sea, la autoridad en su contexto. Una mediación nacida de mi atención a la escucha de alumnas y alumnos. Una mediación no fija, sino dependiente de los niveles académicos (primero, segundo o tercer ciclo), de la tasa de masculinidad en el aula, del tipo de grupo feminista ante el que hablara, o del azar mismo de la composición de los grupos. Una mediación en la que han intervenido siempre las modificaciones que el alumnado ha ido suscitando en mí.

Mi atención a la escucha de alumnas y alumnos que configura la mediación adecuada a cada relación docente comprende su palabra y su gesto, mi palabra y mi gesto. La palabra de ellas y de ellos se da poco en las aulas universitarias donde yo enseñé, porque la inhibe su masificación; se da mucho más en las aulas donde casi todas son mujeres y en los lugares del feminismo. Su gesto, en cambio, es muy potente siempre; es más potente en las aulas donde se debate poco. Al revés que mi gesto, contenido cuando la gente es mucha, más libre cuando es poca. El gesto incluye sobre todo la mirada -a establecer contacto ocular con el público aprendí de mi madre- y el movimiento de los cuerpos, que suele ser especialmente explícito entre el alumnado joven. Cuando lo que explico aburre, sus sentidos se cierran y mi voz se debilita; cuando inquieta, se agitan y me agitan; cuando significa, fluye buen rollo, como se suele decir, se sintoniza, sin que sea obstáculo su frecuente silencio.

La mediación adecuada a cada espacio de relación docente -la relación de autoridad- ha ido cambiando a lo largo del tiempo. Y no ha sido, en realidad, siempre adecuada. En los primeros años ochenta, introduje temas de historia feminista en las asignaturas de historia general que explicaba entonces. Se trataba de temas que hablaban de opresión y de carencia de libertad y cuyo objetivo político implícito era el de inducir a la lucha por la reivindicación de derechos y libertades. Percibí pronto que esta práctica fracasaba: las alumnas salían del aula con gesto hermético de derrota, como abrumadas por la fealdad del mundo, los alumnos progresistas con gesto de desorientación, los machistas contentos. Este fracaso -la ausencia de relación de autoridad- me enseñó, a mí que creía que sabía mucha historia, que en la sociedad española de la larga dictadura (1937-1975) había seguido viviendo a su aire una realidad grande de relaciones y de expectativas femeninas que no encontraban lugar significativo en la historia ordinaria ciertamente, pero tampoco en la historia feminista; una realidad que estaba en mi propio entorno, que mi mirada ideológica volvía opaca.

Reestructuré entonces los programas de esas asignaturas de historia

general. Los reestructuré para dar cabida en ellos a datos e interpretaciones que testimoniaban la existencia en el pasado de relaciones y redes de relación entre mujeres y de prácticas de configuración de existencia femenina independiente de los estereotipos de género vigentes en la época. Esto implicó, al principio, reducir el tiempo dedicado a historia de las mujeres y suprimir la mayoría de los temas dedicados específicamente a ellas, situándolas en cambio como parte de lecciones de carácter general. Los resultados, a pesar de mi temor de que lo que yo podía decir ahora de ellas fuera vuelto insignificante por el cambio brusco de canon en una sola lección, fueron bruscamente positivos: el gesto de muchas alumnas se abrió a la escucha confiada; el de muchos alumnos quedó ligeramente perplejo.

La mediación adecuada a cada espacio de relación docente en que me toca moverme tiene características distintas en las aulas mixtas y en los lugares en que todas o casi todas son mujeres. Mi experiencia en las aulas mixtas (cuya tasa de masculinidad es equilibrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona) es de automoderación de mi libertad de decir. Por eso insistí en 1987 en que creáramos un programa de máster en Estudios de las Mujeres en lo que hoy es el Centro de Investigación Duoda: quería ver si el entre-mujeres hacía caer mi prudencia en el decir. Así fue, en efecto. Desde entonces, lo que puedo explicar en el programa de máster me da una medida que, reducida y transformada, pruebo en las aulas mixtas. Un ejemplo es el del tema de la autoridad. De autoridad puedo hablar libremente en el entre-mujeres (sin que esto quiera decir que no encuentre oposición); en el aula mixta, en cambio, utilizo el recurso de basarme en la experiencia o en la obra de mujeres para explicar de otra manera una cuestión que sea significativa en el registro del poder.

Tiene, también, características distintas esa mediación adecuada en el entre-mujeres dentro de mi universidad y en los lugares del movimiento de mujeres. En el entre-mujeres de mi universidad, un entre-mujeres que, para mí, existe solamente en el Centro Duoda, la

relación docente tiende a establecerse entre dos polos de interlocución -la profesora, las alumnas- que parecen bastante homogéneos; como si la diversidad evidente entre las estudiantes tendiera a condensarse en casi solo una frecuencia de escucha, frecuencia que está marcada por lo que se suele imaginar que es el conocimiento universitario, un conocimiento que desplaza de sí para llevar a algo más alto. En cambio, en los lugares del movimiento de mujeres, mi experiencia es la de hablar ante oyentes que están cada una única y entera, con sus cuerpos presentes con la potencia y el peso de la realidad de los hechos, como si cada lección de historia la estuviera dando simultáneamente a todas y en singular a cada una de las allí presentes; no hay ahí nadie que represente a nadie, nada que se deje condensar o abstraer en la comodidad de un solo o de pocos discursos. Reconozco que esta experiencia, aunque sabía que no hay ni inmediatez ni sororidad ni homogeneidad en la política de las mujeres, me ha cogido por sorpresa; me ha enseñado que es más difícil la política de las mujeres que la enseñanza universitaria.

¿Por qué me resulta más difícil la política de las mujeres que la enseñanza universitaria? Pienso que es esa presencia en singular, que se resiste a ser condensada o abstraída en un discurso y en su contrario o su crítica, lo que complica el papel de la docente, porque pide que la gama cualitativa de matices, la atención a la disparidad en el aula, sea grande. La presencia en singular, que no delega, que se sustrae a ser reducida a la pareja de opuestos individual / colectivo, deja poco sitio a la comodidad de la abstracción, deja poco sitio a la mediación del poder: mediación del poder que reduce a la docente a un sujeto individual y, a su público, a un sujeto colectivo. Abriendo en cambio el espacio docente a la relación de autoridad: relación de autoridad que es polifacética, no unidireccional. Porque la alumna que me reconoce autoridad, confía en que yo se la reconozca a ella, no a un sujeto abstracto formado por ella más las que tiene sentadas a su alrededor.

La experiencia docente y política en el movimiento de mujeres me ha enseñado, en realidad, que las alumnas no son un sujeto colectivo y

que yo no soy, tampoco, un sujeto individual. Que no soy ese famoso sujeto que el pensamiento postmoderno mató y que las feministas de los años setenta (yo también) reivindicamos ser, porque nos fastidiaba que otros decidieran una vez más por nosotras. Esa experiencia me ha enseñado que soy un haz de relaciones; un haz abierto de relaciones, solicitadas unas por otras u otros, otras suscitadas por mí o por mis lecturas. Haz de relaciones no encarrilado en una política de identidad.

El abandono de la tarea de "construirme" como sujeto o sujeta, el desconectar la alerta de la subjetividad, me ha quitado de encima un peso recibido en herencia de los movimientos de emancipación; movimientos que, un siglo y medio después de la publicación del Manifiesto comunista, han cumplido su etapa histórica creativa. El descuido de la subjetividad me abre a la relación de autoridad, al dar y dejarme dar.